

JOSE MARIA ARGUEDAS Y EL INDIGENISMO

Edmundo Bendezú
University of Nebraska

La escritura de *Yawar Fiesta* (Lima, 1941) fue la culminación de la búsqueda de un estilo que ha cambiado completamente lo que se conoce, en la literatura peruana, como la novela indigenista. Ese cambio suponía el término de un tipo de novela indigenista tradicional y la instauración de un nuevo modo de pensar sobre el indio, con la consiguiente aparición de un nuevo tipo de novela indigenista.

Hasta José María Arguedas las novelas indigenistas habían sido escritas principalmente por escritores que adoptaban el punto de vista del otro, es decir, la visión del que es ajeno al indio y que está ubicado fuera de su mundo, que pretenden describir ese mundo con una intención romántica primero y luego realista. En lugar de reconocer la primacía de su ficción, esos escritores reclamaban para sus obras una verdad mimética, dando por sentado que lo que hacían era imitar la realidad antes que ficcionalizarla. Mucha razón tenía José Carlos Mariátegui cuando dudaba del supuesto verismo de los escritores indigenistas. Dice Mariátegui:

La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propios indios estén en grado de producirla¹.

1. José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1955, p. 252.

A los narradores indigenistas tradicionales, en realidad, no les interesaba la verdad exterior de su representación, sino más bien una verdad interior de carácter ético que recusaba la realidad, y que suponía que escribiendo sobre lo que ocurría en esa realidad de algún modo se podía corregir el mal que el hombre blanco infligía en el indio. Se trataba pues de una literatura comprometida y militante la que los escritores indigenistas hacían, fundada sobre bases ideológicas y con inevitables consecuencias políticas.

La escritura de *Yawar Fiesta* inicia una visión interna del indio, desplazando el espacio de la observación y de la imaginación de afuera hacia adentro. ¿Pero era posible que alguien que no fuera culturalmente indio pudiera lograr ese desplazamiento? La respuesta es negativa y la hazaña poética de José María Arguedas es justamente haber logrado ese desplazamiento a través de una progresiva interiorización en el mundo indígena con intensidad y angustia líricas, cambiando así el fenómeno indigenista y abriendo otra etapa literaria más rica y compleja en la que el concepto de indio de carácter racial y racista es sustituido por un concepto científico de carácter social y económico, según el cual el indio es visto como un componente básico de la sociedad andina y como un elemento indispensable de la producción agraria; dentro de esta perspectiva la descripción antropológica del indio y su ficcionalización narrativa y poética se sustentan sobre su imagen de campesino explotado, poseedor de una cultura milenaria inasimilable y con valores superiores. Mostrar al hombre de esa cultura en profundidad y narrar su paso por el tiempo de la vida y de la historia fueron las tareas que Arguedas se asignó como novelista y como antropólogo.

La primera novela de Arguedas fue escrita en una época en que la visión del indio era la de un ser extraño dentro del cuerpo del Perú, país al que la cultura oficial suponía racialmente blanco y con una identidad europea. El indio era un ser extraño no solamente por su condición de explotado sino también por su exotismo cultural, algunos de cuyos rasgos se reflejaban en el arte y en la música con un valor superficialmente icónico.

José María Arguedas con *Yawar Fiesta* trae a la conciencia del lector el hecho de que el indio forma parte de un mundo complejo en el que su figura, entre otras, deja de tener ese carácter abstracto que había tenido hasta entonces en la literatura. Antes de esa primera novela, Arguedas daba por sentado, como bagaje ideológico, el programa indigenista de defensa del indio y de denuncia de los crímenes cometidos por los terratenientes. Así, su primer libro *Agua* (Lima, 1935), con sus tres relatos, es una fuerte denuncia de la

violencia y de la injusticia que se cometía en contra del indio. Arguedas, al escribir esos relatos, estaba haciendo precisamente lo que se esperaba de un indigenista; pero había algo en la atmósfera de esos cuentos y en la vívida descripción del paisaje que nos dice mucho más de lo que un indigenista corriente podía decir. Era algo intensamente personal y lírico que sólo podía ser explicado como resultado de una profunda identificación con la condición del indio, dolorosamente lograda transitando por el duro espacio de su otredad de descendiente de terratenientes blancos. Esta situación patética se hace evidente en “Warma Kuyay”, el primer cuento que Arguedas escribió, en el que se ve claramente la oposición radical de los dos espacios irreconciliables.

Para evitar algunas confusiones, es preciso aclarar que Arguedas no era indio ni étnicamente ni culturalmente, sus padres y sus parientes habían sido importantes miembros de las comunidades de origen español, que se establecieron desde mediados del siglo XVI en la región del río Apurímac y en la zona del Cusco. La lengua materna de Arguedas era el español, lengua que se hablaba en su hogar, aunque debido al estrecho contacto con la población campesina, como gran parte de los habitantes de las áreas urbanas, Arguedas era bilingüe en un grado que favorecía un español culto fuertemente penetrado por el léxico quechua, más aún, en su infancia aprendió el quechua en contacto estrecho con la servidumbre y los peones de las haciendas; en el área andina del sur del Perú, todo aquél que estuviera en contacto con el campesinado se veía forzosamente obligado a practicar alguna forma de bilingüismo hispano-quechua; sin embargo, podríamos afirmar que el bilingüismo de Arguedas era un fenómeno profundo, que removió los estratos de su conciencia y que lo introdujo en un proceso misterioso de indianización interior, es decir, el de la adopción deliberada y espectacular de una identidad indígena o de aquello que él suponía ser tal identidad; este proceso ha sido documentado minuciosamente no solamente en los cuentos y novelas sino también en sus trabajos antropológicos, en la investigación folklórica, en sus traducciones de canciones y cuentos quechuas, también en la poesía quechua que escribió al final de su vida. Es interesante observar que la actitud de Arguedas hacia la cultura del indio, sigue la tradición que viene desde los cronistas y doctrineros de la Conquista y es contraria a la actitud del indio que mira con serenidad y sin deslumbramiento a todo aquello que le es ajeno.

Desde el punto de vista literario era más importante el hecho de que Arguedas amaba entrañablemente y con un gesto de conmovida gratitud al indio, y que estuviera fascinado por su mundo misterioso; con todo, Arguedas no era uno de ellos, sera siempre el otro en un desgarrado trance de dejar de

serlo, aunque mirara al indio con ternura y curiosidad. Su comprensión del indio era siempre de aquél que vivía a horcajadas entre dos mundos radicalmente diferentes, ésa era su fuerza y también su tragedia.

Arguedas pronto se dio cuenta que para escribir verdaderamente sobre el indio, el novelista tendría que afrontar un problema sumamente complejo, cuya solución exigía cualidades morales e intelectuales de un orden muy diferente del que poseían los indigenistas tradicionales, además de una vigorosa imaginación y de una sensibilidad poco común.

No eran solamente las terribles condiciones de vida dentro de las cuales el indio había sido empujado por el hombre blanco, vistas como tema literario; para Arguedas, era sobre todo el hecho real de haber vivido esas mismas condiciones, aunque transitoriamente y no totalmente, de manera muy personal, de haber sufrido y gozado la vida de los indios sin ser realmente uno de ellos, siendo un extraño más entre ellos por haber caído en la vida de ellos en circunstancias fortuitas.

Para Arguedas escribir sobre el indio significaba algo mucho más que su defensa. Era necesario mostrar el vasto registro del mundo del indio que también era del blanco y del mestizo; después de cuatro siglos ambos mundos confluían ya y se convertían en un espacio en el que el uno era ya parte del otro; los condicionamientos económicos y sociales habían impedido su fusión, culturalmente las diferencias permanecían en pie aunque la miscegenación seguía su curso inevitable generando tipos humanos asimilables a uno u otro lado de la vertiente de la sangre, haciendo del llamado mestizaje algo problemático e ilusorio.

La convivencia con el indio y la fascinación que Arguedas sentía por él hicieron posible que lo describiera en toda su profundidad humana y no solamente como un objeto de piedad. Para tratar adecuadamente del mundo del indio en el limitado espacio de la novela, Arguedas tuvo que contemplar ese mundo en su absoluta integridad, sin excluir de él ningún elemento importante. Consecuentemente, Arguedas vio al indio, al blanco y al mestizo en una estructura de relaciones en la que el indio dejó de ser el objeto exótico de curiosidad y compasión, como lo había sido para los indigenistas tradicionales. En la obra de Arguedas, el indio se apoderó del espacio literario como un ser humano, fue humanizado y dejó de ser una abstracción, fue revelado por el novelista con una dimensión humana misteriosa y atrayente.

Al comienzo, los críticos vieron en Arguedas a un indigenista más, porque en la superficie de su relato eso era lo que parecía ser. Desde 1950 Arguedas comenzó a corregir esa visión miope. En un ensayo aparecido en *Mar del Sur* rechazó el indigenismo tal cual se le practicaba:

Se habla así de novela indigenista; y se ha dicho de mis novelas *Agua y Yawar Fiesta* que son indigenistas o indias. Y no es cierto. Se trata de novelas en las cuales el Perú andino aparece con todos sus elementos, en su inquietante y confusa realidad humana, de la cual el indio es tan sólo uno de los muchos y distintos personajes².

El membrete indigenista, en opinión de Arguedas, excluía elementos importantes de una sociedad compleja y se concentraba en un solo elemento, visto generalmente desde afuera. Existían otros elementos esenciales que el indigenista tradicional ignoraba, tales como las fuerzas espirituales en la vida del indio, que hicieron posible su supervivencia durante siglos de agresión por una cultura extranjera; fuerzas espirituales como la fortaleza moral y la ternura que conmovían profundamente a Arguedas quien al final de su vida recordaba y echaba de menos hasta el punto que se miraba a sí mismo como a un indio atrapado en la tradición hispánica que no podía abandonar; esas fuerzas espirituales mantuvieron intacta la capacidad creadora de mitos. Un año antes de morir, Arguedas afirmaba orgulloso:

Yo no soy un aculturado; yo soy un peruano que orgullosamente, como un demonio feliz habla en cristiano y en indio, en español y en quechua³.

Hay una ambigüedad trágica en sus palabras, si nos ponemos a pensar en la posible etiología de su suicidio. Es probable que Arguedas se considerara a sí mismo indio que rechazaba los patrones culturales hispánicos, cuando en realidad era un peruano de doble herencia, poseedor de una esencial tradición cultural y literaria hispánicas que, como escritor indigenista peruano ponía constantemente en tela de juicio hasta el punto de rechazarla, sea por su amor a la cultura indígena o porque había sufrido en carne propia la injusticia y la crueldad de su propio linaje. Paradójicamente en su prematuro indigenismo,

2. José María Arguedas. "La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú". *Mar del Sur*, enero-febrero 1950, Vol. III, Nº 9, Lima, Perú, p. 66.

3. José María Arguedas. "Epílogo". *El zorro de arriba y el zorro de bajo*. Buenos Aires: Losada, 1975, p. 282.

que en una primera instancia significaba la negación de sus raíces hispánicas, supo encontrar otra negación, es decir dialécticamente la negación de su negación, expresada nítidamente en el tantas veces reproducido ensayo de *Mar del Sur*, al que Arguedas califica como “esta especie de autoanálisis, o confesión”⁴, con las siguientes palabras de una interrogación que tajantemente afirma su negación:

¿Y por qué llamar indigenista a la literatura que nos muestra el alterado y brumoso rostro de nuestro pueblo y nuestro propio rostro, así atormentado? Bien se ve que no se trata sólo del indio⁵.

Quince años después, en el Encuentro de Arequipa de 1965, Arguedas explicó el proceso de negaciones de su dialéctica, ante casi todos los narradores peruanos de entonces; cabe destacar la presencia de Ciro Alegría y la ausencia de Mario Vargas Llosa. Arguedas señaló la función del factor ideológico como fundamental para la conformación de su nueva visión del indio, es decir, de un neo-indigenismo como síntesis que completaba el proceso dialéctico. La alusión a la prédica doctrinaria que Mariátegui hacía desde *Amauta* es clara y no deja lugar a dudas, como elemento formativo de la propia ideología del novelista. Arguedas recordó en una de sus intervenciones en los debates de Arequipa:

La interpretación desde dentro del mundo andino, y no solamente del indio, no habría sido posible únicamente por el hecho de quienes así lo hicimos tuvimos la suerte de vivir con los indios, como los indios, participando de sus dolores, de sus esperanzas, de su fe, de toda su vida, ése es solamente un elemento. Yo declaro con todo júbilo que sin “Amauta”, la revista dirigida por Mariátegui, no sería nada, que sin las doctrinas sociales difundidas después de la primera guerra mundial tampoco habría sido nada. Es “Amauta” la posibilidad teórica de que en el mundo pueda, alguna vez, por obra del hombre mismo, desaparecer todas las injusticias sociales, lo que hace posible que escribamos y lo que nos da un instrumento teórico, una luz indispensable para juzgar estas vivencias y hacer de ellas un material bueno para la literatura. Cuando yo tenía 20 años encontraba “Amauta” en todas partes, la encontré en Pampas, en Huaytará, en Yauyos, en Huancayo, en Coracora, en Puquio: nunca una revista se distribuyó tan profusamente, tan hondamente como “Amauta”. Yo encontraba en la revista una orientación doctrinaria llena

4. J. M. Arguedas. “La novela y el problema de la expresión literaria en el Perú”. p. 72.

5. *Ibid.*

de una fe inquebrantable sobre el hombre y sobre el Perú, a través de esta fe en el porvenir del hombre, fe que no se ha destruido ni se destruirá jamás en quienes vivimos entonces, es que empezamos a analizar nuestras propias vivencias a dar un curso a nuestra fe en el pueblo con el que habíamos vivido⁶.

Al mismo tiempo que Arguedas señala el papel de "Amauta" en su formación ideológica, también reconoce que en la revista de Mariátegui se encontraba ya la nueva visión del indio, como parte de una visión integral del mundo andino y con un método de aproximación interior a la cultura del indio. Nos cuenta Arguedas refiriéndose a *Amauta*:

Allí descubrimos gran parte del mundo interior del pueblo indígena, el mestizo y aún de los señores, a quienes no les negamos la posibilidad de contribuir también en la construcción del gran Perú. En los relatos que he escrito describo al gamonal no como una bestia, como un instrumento cruel, sino como un ser humano que tiene defectos y tiene virtudes, lo mismo que el indio. Esta posibilidad de juzgar con lucidez sí ya es una obra, diríamos, de trabajo propio, porque al mismo tiempo estas doctrinas fanatizan a la gente y yo leía con "Amauta" descripciones de gamonales tan monstruosamente deformados como había sido deformado el indio. Entonces consideré que era necesario describir el mundo andino y no sólo al indio, tal cual yo lo conocía, a través de la vida, y no a través de la observación consciente, pues la observación consciente es posterior, viene después de haberlo conocido a través de la vida⁷.

El destino contradictorio de Arguedas, y aparentemente también el del Perú como nación, fue el haber reconocido dentro de sí mismo aquello que Mariátegui denominaba "el dualismo quechua-español del Perú no resuelto aún". El gran valor de su obra de antropólogo y narrador es el haber buscado una solución a ese dualismo constitutivo de la identidad peruana siguiendo el movimiento de su dialéctica natural y mirando con entereza el atormentado y brumoso rostro de su pueblo y el suyo propio no menos atormentado ni brumoso.

Cuando los indigenistas primitivos miraban el rostro indígena como ajeno y desde cierta distancia, aquel rostro del otro no les turbaba porque no se

6. Ciro Alegría, J. M. Arguedas, et al. *Primer encuentro de narradores peruanos, Arequipa 1965*. Lima: Casa de la Cultura del Perú, 1969, pp. 235-36.

7. *Ibid.*, p. 236.

En el Encuentro de Arequipa, cuando Sebastián Salazar Bondy pronunció el responso al indigenismo un poco prematuramente, como lo harían también otros críticos después de él, (“el indigenismo ha muerto porque todo el Perú es indigenista”, dijo Salazar⁹), Arguedas que sabía muy bien que todo el Perú no era indigenista ni mucho menos y que probablemente nunca lo sería, obstinadamente se negó a aceptar tal responso y se limitó a expresar un desojo y a señalar un hecho evidente: “el indigenismo tiene que cambiar, porque todo el Perú está lleno de indios ahora”¹⁰. Si el Perú era un país de indios, ¿para qué insistir en el indigenismo? Arguedas ha de haber estado pensando en un hecho interesante señalado por los sociólogos y que todo el mundo lo sabía de otro lado; el mismo Arguedas lo había ficcionalizado en su novela *Todas las sangres* al inventar la figura del cholo Cisneros. Fernando Fuenzalida lo expresaría con suma claridad:

En el Perú la raza de un hombre tiene algo de espejismo y de misterio óptico. Cuanto más elevado en la escala social, más blanco parece; cuanto más abajo, más oscuro¹¹.

En 1965 Arguedas ya había cumplido con la tarea de llevar a la conciencia de los peruanos las raíces de su identidad cultural de un lado, y de otro

8. Ver los estudios en Henry Louis Gates, Jr., ed. *“Race”, Writing and Difference*. Chicago: U. of Chicago P., 1986, especialmente el de Tzevetan Todorov, “Race, Writing, and Culture”, traducido por Loulu Mack, pp. 370-80.

9. *Encuentro*, p. 242.

10. *Encuentro*, p. 243.

11. Fernando Fuenzalida. “Poder, etnia y estratificación social”. *Perú, hoy*. México: Siglo XXI, 1971, p. 20.

el hecho social y económico estaba haciendo del Perú un país diferente de lo que creían sus gobernantes y sus élites extranjerizantes. La existencia del campesinado indígena como clase explotada, con su propia lengua y cultura; la constatación de su desplazamiento a los centros urbanos, su concentración en las barriadas, su integración dentro de la clase trabajadora, conservando muchos de sus rasgos culturales aunque no todos, su pauperización abyecta, tal como Arguedas lo muestra en su última novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo*; estos hechos hacían inevitable y necesaria la permanencia ideológica del indigenismo, su vigencia en la literatura con el rostro que le daban tiempos nuevos, que en verdad era el rostro de la nación peruana como Manuel González Prada lo había atisbado.

En un ensayo aparecido póstumamente, Arguedas manifiesta de manera muy clara lo que entendía eran los cambios que había sufrido el indigenismo y su orientación hacia una función revolucionaria y teleológica integral.

Tomando como punto de partida la novela y el cuento, nos dice Arguedas que

la narrativa actual, que se inicia como *indigenista*, ha dejado de ser tal en cuanto abarca la descripción e interpretación del destino de la comunidad total del país, pero podría seguir siendo calificada *indigenista* en tanto que continúa reafirmando los valores humanos excelsos de la población nativa y de la promesa que significan o constituyen para el resultado final del desencadenamiento de las luchas sociales en que el Perú, y otros países semejantes de América Latina se encuentran debatiéndose¹².

Antes de concluir voluntariamente su vida, Arguedas pensaba así y de esta manera dio respuesta a la interrogante de 1950: “¿Y por qué llamar indigenista a la literatura que nos muestra el alterado y brumoso rostro de nuestro pueblo y nuestro propio rostro, así atormentado”¹³.

12. J. M. Arguedas. “Razón de ser del indigenismo en el Perú”. *Visión del Perú*, Nº 5, Lima, junio de 1970, artículo reproducido en J. M. Arguedas. *Formación de una cultura nacional indoamericana*. Selección y prólogo de Angel Rama. México: Siglo XXI Editores, 1975, pp. 189-97. También ver J. M. Arguedas, “Razón de ser del indigenismo (Parte no publicada en 1970)” en el apéndice del Capítulo I de Alberto Escobar. *Arguedas o la utopía de la lengua*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1984, pp. 57-64.

13. J. M. Arguedas. “La novela y el problema de la expresión”, p. 72.

Con aquellas palabras de esperanza Arguedas trazó un círculo de proyecciones grandes, cuyo punto inicial se encuentra en *Agua* y se cierra con los *Zorros* como tarea del porvenir. El círculo nos devuelve también a Mariátegui, para quien la literatura indigenista no la escribe el indio sino el otro, y no puede ser de otra manera si vamos a establecer una buena relación entre ambos. El indio sigue haciendo su literatura oral en quechua, en aymara o en cualquiera de sus lenguas. Hay que reiterarlo: se trata pues de una literatura indigenista y no indígena; tal literatura indigenista, ideológicamente condicionada, dejaría de escribirse sólo en el caso de que desapareciera el indio como clase social explotada, como grupo étnico y cultural segregado y menospreciado. La expectativa de su muerte y desaparición, aún con la mejor de las intenciones, no es más que un deseo de su europeización etnocentrista, basada en la premisa de la superioridad de la llamada cultura occidental sostenida tanto por las ideologías de la izquierda como por las de la derecha; se trata pues de un deseo largamente acariciado desde el momento en que se planteó la dualidad europea/indígena en términos siempre duales: vencedor/vencido, dominador/dominado, superior/inferior, etc., dualidades que hacen que todo mestizaje sea ilusorio.

El indigenismo de Arguedas es paradójicamente una ideología que cambia y es al mismo tiempo la misma en lo esencial, y que consiste en la defensa del indio como clase oprimida y en la revalorización de su cultura pasada, presente y futura. Su vigencia está asegurada por una vigorosa existencia diferente; esta diferencia frente al otro, que no puede dejar de mirarlo unas veces con amor y otras con odio, es lo que sustenta su supervivencia. La necesidad de esa diferencia ontológica no ha sido aceptada todavía como una autonomía total que hay que preservar y respetar en su integridad económica, social y cultural y por ello todavía se sueña en la asimilación del indio a la cultura europea en cualquiera de sus variedades ideológicas, de izquierda, de centro o de derecha, después de haber intentado durante siglos su destrucción.

Arguedas parece que tuvo conciencia plena de tal fenómeno ideológico de dominación; de ahí, su alejamiento de toda militancia política no obstante sus claras simpatías hacia la izquierda. La única militancia que Arguedas sostuvo como novelista y como antropólogo es la que a falta de otro nombre adecuado todavía se llama indigenismo.